

de obligación oficial o de pueril beatería. Este clisé no hay quien no se lo sepa de memoria, aunque no haya estado nunca en París: es una combinación hecha a base de Moulin Rouge, Saint Germain des Prés, Champs Elysées, rue de la Paix, etc., y que agitado maquiviálicamente en las cocteleras de las agencias y centros de turismo da un precipitado irresistible y tentador de placer, bohemia, frivolidad y lujo. Yo no me atrevería a decir que esto no es París; lo que sí niego es que París sólo sea esto. Yo sé algo de otro París muy diferente y no menos auténtico. Por ejemplo, el París de los barrios periféricos del gran René Clair de «Puerta de las Lilas», o el de las calles Mouffetard, en el Barrio Latino y de Lepic, en Montmartre, por no citar más que una calle de cada «rive»: Un París bueno, humano, solidario, creyente y un poco aldeano, libre de angustias psicopáticas y freudianas. Y conozco también —éste algo mejor— el París de los grandes suburbios fabriles, donde una población heterogénea de miles y miles de seres, sólo a unos centenares de pasos de Pigalle, labora en el anonimato heroico del trabajo por la prosperidad y grandeza de Francia, en la que cree con una fe monolítica y a salvo de toda diferencia ideológica y social.

Y aun queda otro aspecto de París, sin duda el más admirable y glorioso, pero al que yo no puedo hacer otra cosa que saludar de lejos con admiración y respeto: el París de las Artes, las Letras y las Ciencias, matrona inagotable de ideas y —¿por qué no?— de «ismos», cuya fuerza centrípeta dentro del cosmo sin frontera de la inteligencia humana, le ha hecho merecer justamente el más bello y universal de sus títulos: el de Ciudad Luz.

Naturalmente, yo no puedo pretender que el que vaya a París por unos días se interese por estos aspectos de París que pudiéramos llamar extraturísticos. Si he dicho todo esto es porque, aunque cada vez menos, todavía queda por aquí alguno que por haber pasado una noche en Montmartre —o, más concretamente, en el «Boulevard» Clichy—, y aun sin haber estado allí nunca, cree sinceramente que todo París es una especie de lupanar o de templo profano donde sólo se adora a Dionisio y Venus. Lo que viene a ser tan erróneo y funesto como presumir de conocer a Madrid por haber pasado una noche en alguna sala de fiesta de su Gran Vía.

LA ADVERTENCIA FINAL

No necesitaría decir que estas impresiones que acabo torpemente de esbozar son frutos de una observación y hasta de un estado anímico personalísimos, y que por ello no tienen otro valor informativo que el que cada uno quiera buenamente concederle. Por otra parte, sería verdaderamente pueril que a estas alturas pretendiera alguien «descubrir» París; pero si ese alguien, además, fuese español, la puerilidad rayaría en ridiculez, porque sobre Lutecia se han escrito en castellano páginas insuperables por tantos españoles ilustres —en tropel acuden a mi memoria—, que hicieron de París una segunda patria de adopción.

MANUEL GARCIA MONTERO

DOS

Sonetos Quevedescos Imaginativos

Polilla clerical, bruja beata,
de rezos sin calor, disco rayado,
alacrán de aguijón envenenado
que al clavarse en la honra hiere y mata;

sanguijuela del pobre, garrapata...;
engordas mientras finge tu pecado
que ofreces caridad y haces mercado,
tú, que a nadie, jamás, diste una lata.

Sabandija feroz, ¿te crees llamada
a gozar de un celeste latifundio
comprado con engaño? Habría que verlo.

Puerta estrecha del cielo, tan cerrada,
no abre su umbral al soplo del infundio,
ni se cruza al compás del «estraperlo».

Se levanta a las diez como un bendito;
se ahita de torreznos y aguardiente;
sale y fisga si monta mucha gente
en el auto y, cumpliendo con el rito

(conservare... *dineris*), pian, pianito,
va al casino a leer gratuitamente
«el papel»; mata así, estúpidamente
la mañana. Al motor del apetito,

en el pesebre da. Regresa al vuelo,
a jugarse un café, que siempre gana,
y a sacarle seis perras al chamele;

más pesebre..., y roncar..., y, hasta mañana.
(Y como yo no soy un Víctor Hugo,
ceso ya de cantar a este besugo).

Ramón DIAZ MORA